



LOS JESUITAS Y LA MEDICINA EN EL RIO DE LA PLATA



ALGUNOS podrá parecer extraño que los Jesuitas se hayan consagrado en otras épocas, y en forma intensa, al estudio de la medicina y al alivio de los dolientes en estas partes del Nuevo Mundo. El hecho es que aun en Europa no eran pocos los jesuitas que se dedicaron a esa ciencia.

En realidad, parece que no les favorecía en esta materia ni el Derecho canónico, ni las Constituciones de la Orden, pues, hablan éstas de las ocupaciones que no convienen a clérigos y religiosos y entre ellas se cuenta la medicina, y mucho más el comercio, al parecer íntimamente ligado al sostén de boticas.

Pero las mismas prohibiciones indican excepciones exigidas por la necesidad y la caridad cristiana, y legitiman estas excepciones con privilegios especiales.

Para poder acogerse a tales privilegios sólo se requería comprobar las especiales circunstancias que exigían la práctica medicinal, y, al mismo tiempo, tomar precauciones para evitar los inconvenientes, y aun las rivalidades odiosas con los facultativos, si los había.

La apariencia de comercio prohibido en el expendio de medicinas desaparecía por tratarse, las más de las veces, de remedios caseros, o de «primeros auxilios», como se dice modernamente; pero quedaba en pie, en los casos en que los amigos de la Compañía casi forzaban moralmente a los Jesuitas a que se les socorriese también, reembolsando ellos el valor de las medicinas. En este punto, como enseña la historia de la Compañía, había en todos los tiempos y en todos los lugares muchos sinsabores, muchas consultas, muchos pareceres y muchas disposiciones particulares de los Superiores.

Para comprender estos puntos delicados, tenemos que entrar en pormenores que se encuentran en la historia de la Compañía tanto de Europa, como de las Misiones.

Cual sea la mente y el espíritu de la Iglesia en esta materia aparece con toda precisión en el Derecho Canónico. Este, aunque codificado en 1918, refleja la legislación de siglos al ordenar que «Los clérigos han de evitar, no sólo lo que es indecoroso, sino también lo que es ajeno a su estado. Sin indulto apostólico no deben ejercer la medicina ni la cirugía».

El canon 142 prescribe: «Se les prohíbe a los clérigos ejercer, por sí propios o por medio de otros, el comercio, sea en provecho propio o de otros».

Lo que se ordena a los clérigos en general, vale también para los religiosos, como expresa el canon 592: «Las obligaciones comunes de los clérigos, de las cuales hablan los cánones 124-142, valen también para todos los religiosos...».

Hay también sanciones severas en el Derecho Canónico para algunos casos en esta materia, las cuales tenemos que referir aquí, porque más adelante en nuestras exposiciones se aluden a ellas. Dice el canon 985:

«Son irregulares por delito los clérigos que ejercen la medicina o la cirugía, a ellos prohibida, si ejerciéndola causan la muerte». Añade el canon 986: «Estos delitos no pro-

ducen irregularidad, a no ser que se trate de pecados graves, después del bautismo y externos, sean ellos públicos u ocultos» (1).

Por lo que respecta a la Compañía de Jesús, ha existido un privilegio otorgado por Gregorio XIII en 1576. Véanse los precisos términos de esta gracia:

«Ya que consta por la experiencia, que los fieles se inclinan mucho a la religión y piedad, si las personas religiosas ejercen para con ellos los oficios de la caridad, no sólo con sus almas, sino también con sus cuerpos, y habiendo en la Compañía de Jesús, según supimos, algunos religiosos entendidos en medicina, cuya asistencia ante todo en regiones donde *faltan médicos*, puede ser muy útil no sólo para las almas, sino también para los cuerpos, contribuyendo este oficio de caridad no poco a la edificación y a la gloria de Dios: para habilitar a semejantes religiosos a esta práctica, sin que incurran en censuras, ni se inquieten en su conciencia... damos este presente indulto con autoridad apostólica... a todos y a cada uno de la referida Compañía de Jesús, entendidos en medicina, que hay ahora o que hubiere en adelante, para que, con el permiso de sus superiores libre y lícitamente curen... tanto a los enfermos de la misma Religión, como a extraños y seglares,

(1) Según el canon 968, párrafo I, sólo pueden ser ordenados lícitamente, los que no están impedidos por alguna irregularidad. El párrafo II, añade que los ya ordenados de clérigos, si les sobreviene, aun sin culpa, alguna irregularidad, no pueden ejercer las órdenes ya recibidas. Trae algunas explicaciones al caso: F. Lucius Ferraris: *Prompta Bibliotheca canónica*. Tomus quintus, París (Migne), 1869, bajo la palabra: *Medicus*, y bajo la palabra *Clericus*. Allí leemos: ¿Si pueden y cuándo pueden los clérigos y religiosos ejercer la medicina y cirugía? Los teólogos limitan la prescripción canónica en el caso, cuando urge la necesidad, y no hay peligro de causar la muerte, tratándose de la misericordia y caridad para con los pobres, cuando hace falta otro médico o cirujano. (Cita a Sánchez, Molina y otros).

Según Ferraris en su explicación: «De hecho se indultó por la Sagrada Congregación del Concilio hasta a sacerdotes, para que hicieran composiciones de medicinas, para repartirlas a los pobres. Y frecuentemente se suele expedir Breve de Indulto por la Secretaría para sacerdotes médicos, a fin de que puedan ejercer el arte médico sin incurrir en irregularidad, pero añadiéndose la cláusula de que lo hagan «gratis» y por amor de Dios y a favor de todos y sólo cuando no hay médicos o hay escasez de ellos; y en estos casos se les prohíbe recibir recompensa, aun de parte de los que la ofrecen espontáneamente...»

con tal que no se trate de adustión o incisión hecha por ellos en persona; y en el caso de que no pueda cómodamente acudir a los médicos seculares. Roma, 11 de febrero de 1576, Gregorio Papa XIII (1).

Mucho antes de expedirse este privilegio poseyeron los Jesuitas, a lo menos en Europa, algunas boticas y que se extendieron después, y con mucha mayor razón, en los países americanos recién explorados y donde la falta de remedios y de médicos era casi total.

En muchos casos fueron al principio boticas enteramente privadas, pero, seguramente por su buena administración y por la práctica de experimentados Hermanos boticarios, obtuvieron gran aceptación también fuera de las casas religiosas y gozaban cada vez más del concurso del público. Su establecimiento no carecía de dificultades, y de contradicciones, de parte de la misma Compañía y de parte de los facultativos seculares, si los había; y no costó poco establecer normas, conformes al Derecho Canónico y a la edificación.

En el antiguo Virreinato del Perú, es decir, en las Provincias del Paraguay, de Chile y del Perú, y en otras partes de los antiguos Dominios Españoles de Ultramar hubo muchos boticarios alemanes que vinieron con formación médica y farmacéutica.

Cuenta Duhr cómo en 1560 se pensaba ya en erigir una botica en Viena (2). El Padre Polanco, entonces secretario

(1) Se menciona este privilegio en una consulta al P. General Francisco Retz sobre la práctica médica del célebre Padre Tomás Falkner. Escribe el P. General en su 12 carta del 15 de julio de 1737 (Arch. Prov. Argen. Chil.): Respondiendo ahora a las de V. R. digo que al Hermano Falconer sólo se puede permitir el curar con las limitaciones y condiciones que se expresan en los Privilegios, verbo «medici». Las determinaciones del Instituto de la Compañía de Jesús son las siguientes: (Institutum Societatis Iesu, vol. 3. Florencia, 1886, pág. 58). «Gregorii XIII facultas medendi citra adustionem et incisionem, pro medicinae peritis...»

(2) Buena ilustración del desarrollo de las boticas jesuíticas nos proporciona el Padre Bernardo Duhr, S. J., en su Historia de los Jesuitas en los países de lengua alemana, escrita en alemán en dos tomos: siglo XVI (Frib. I. B. 1907), pág. 585; prim. parte del siglo XVII (Frib. I. B. 1913), pág. 639 y 641; y segunda parte del siglo XVII, (München — Regensburg 1921), pág. 298.

del Padre General Laynez, escribía el 27 de enero de ese año este propósito: «La erección de una botica, como la proyectó el Padre Rector Victoria, conforme a la botica de Roma, no parece practicable, porque la mayor parte del colegio no pertenece a la Compañía, así que a ellos se debería vender las medicinas. Esto no es conforme a los ministerios de la Compañía».

«Las tentativas de erigir boticas, agrega Duhr, se originaron y facilitaron por la regla de nuestros Hermanos enfermeros, la cual dice: «Las medicinas que se precisan en la Casa, se conserven en un lugar conveniente, y, según el parecer del médico, a su tiempo se deben renovar, para que no se echen a perder ni se hagan peligrosas».

Duhr cuenta que el gran bienhechor de la Compañía, el duque Guillermo de Baviera hasta quiso que le acompañase un Hermano enfermero en un viaje. No lo permitieron los superiores, para evitar sentimientos de parte de los médicos. Otras veces se quiso evitar quejas de parte de los boticarios. Así, sigue Duhr, escribió el Padre General Aquaviva, a 3 de mayo de 1614, al Vice-Rector del colegio de Friburgo, Suiza y le decía: «Se me avisó de una impertinencia de un Hermano Coadjutor, el cual apenas sabe preparar medicinas, y las da a los enfermos y hasta a caballeros, no sin peligro de equivocación, y ante todo, no sin ofensa de los boticarios, los cuales se quejan de las pérdidas en sus ganancias. No permita esto, V. R. en adelante, sino en un caso excepcional, cuando lo exige la caridad o necesidad» (M.S. orig. Reg.. Ad. Ger. Sup. Ar. S.J. Romano).

De otras quejas tocantes a la botica de Munich (München, Baviera), escribe más adelante Duhr, refiriendo que se la tenía por demasiado lujosa. Comunica el Padre General Mucio Vitelleschi esta denuncia al Padre Provincial y le encarga que investigue si es verdad lo que se le escribió a este efecto y a ser verdad que lo corrigiera».

El Padre General Carrafa escribe al Provincial en 27 de julio de 1647: «Puede pasar que nuestro boticario de Munich venda medicinas a los otros colegios de la Provin-

cia, por su necesidad; pero de ninguna manera se le permita venderlas a los de afuera, por tener esta práctica apariencia de comercio, cosa que nos está prohibido».

Concluye Duhr esta exposición con el siguiente hecho: «Ya que la Casa Profesa de Viena seguía siendo molestada a causa de la venta de medicinas, propuso ella el año de 1693 a los Revisores Generales de Roma una serie de cuestiones sobre esta materia. Estos contestaron en un memorial del 20 de julio de 1693 diciendo: *La venta de medicinas no se opone al Derecho Canónico que prohíbe el comercio; la cual prohibición sólo se extiende a objetos que se compran para ser vendidos sin alteración y con ganancia. Esto se confirma por la práctica usual de Roma, donde, a vista del Papa las boticas de los religiosos venden siempre medicinas a seglares. Cuando en 1637, la Congregación romana prohibió, por otras razones y por decreto especial a los regulares de Roma, dicha venta se revocó esta prohibición por Urbano VIII a ruegos de algunos personajes de alta posición*».

«Aunque la venta de medicinas no se menciona en el Decreto 84 de la 7 Congregación General, entre los objetos que tienen *apariencia* de comercio, no lo excluimos de la venta en cuestión, en caso de que se hiciera sin limitación. Pero la decisión en este caso es de competencia del Padre General como árbitro legítimo en la explicación de la Regla».

«Nos parece que no se viola el decreto mencionado en caso de que se vendan medicinas sobrantes; tampoco si, para prepararlas mejor, se las hubiese compuesto en mayores cantidades, sabiéndose que, para el uso propio, no se precisaba tal cantidad».

«Tampoco se viola el decreto, si la venta no se hace precisamente para sacar ganancias, sino sólo por motivos de benevolencia y gratitud. Es frecuente que personas conspicuas, amigos y bienhechores de la Compañía pidan semejantes medicinas porque tienen confianza en nuestra religiosidad y experiencia y desinterés...»

No sólo en Europa, sino también en América había dificultades por razón de las boticas de las Jesuitas, así en cuanto a los de adentro, como de afuera. Apenas se abrió en Córdoba de Tucumán una botica en forma, dirigida por el célebre Hermano Blas Gutiérrez, allá por el año de 1630, llegó una seria advertencia del Padre General Mucio Vitelleschi ⁽¹⁾. Decía en el año 1639 el Padre General: «El Hermano Blas Gutiérrez se excuse cuanto pudiese, de acudir a curar seglares... Si él tiene dinero con licencia, es para comprar solamente lo necesario para la botica, y no para otra cosa, siendo sujeto de confianza, bien se le puede permitir; y que venda las medicinas, que buenamente le sobran; pero no se consienta que se hagan más de las necesarias para nuestro gasto, sólo con fin de granjerías...».

Después de la reforma de la botica de Córdoba hecho por el Hermano Enrique Peschke, llevó el Padre Procurador Francisco Burgés, elegido en 1700, una representación del boticario al Padre General, en la que se queja de que, por mandato del Padre Provincial Frías, tenía que dar de limosna medicinas al Convictorio de Monserrat, y al Noviciado; y advierte «que es más lo que se gasta y da dicha botica, que lo que en ella entra; porque — dice — en tres años que ha corrido por mi cuenta, el gasto es de 5.840 pesos, y la entrada de solo 3.240 pesos. Así vendrá a faltar en breve una oficina tan necesaria como es en estas partes esta única botica, así para los sujetos de la casa, como para los de afuera, y muchos pobres de solemnidad... Fuera de esto acude todo el pueblo, y aún otras ciudades, así pobres como ricos; de éstos, los pobres los llevan de limosna; los ricos pagan, aunque algunas veces no porque se les fía...» (Arch. S. J. Romano Paraq. His. II, 212).

Todavía en la última Congregación Provincial de Chile, antes de la expulsión, bajo la presidencia del P. Provincial Cordero, se trató esta cuestión de la botica. (Arch. S. J. Roman., cf. Enrich. Hist. Chil. II, 255).

(1) (Arch. Prov. Arg. Chil. copia de Arch. S. J. Roman., Epist. 1622-1639).

Dice un postulado de dicha Congregación Provincial, dirigido al Padre General:

«Si podrá aplicarse el producto neto de la botica de nuestro colegio máximo al de San Pablo (de Santiago de Chile), por hallarse este recargado de muchas deudas que no puede pagar, si no se le proporcionan socorros:

Segundo, por el ejemplo de las Provincias del Perú y Paraguay, cuyos Provinciales aplican los productos de semejantes boticas a los colegios pobres, según sus necesidades.

En Chile, los productos de nuestra botica se daban entonces de limosna a los pobres, en cumplimiento de lo determinado por nuestro Padre General».

Durante los siglos XVI, XVII y aun en los principios del siglo XVIII pudieron los Jesuitas ejercer la medicina y expender a la gente las necesarias medicinas, pero desde mediados del último de estos siglos comenzó a implantar en los diversos Virreinos el llamado Protomedicato y desde ese momento surgieron competencias y discusiones.

Las hubo a lo menos en el Perú, y en los últimos tiempos, antes del destierro de 1767, estando las autoridades ya prevenidas contra los Jesuitas. Encontramos, en la correspondencia del Padre Visitador del Perú, P. Manuel Vergara (último Provincial del Paraguay), con el Hermano José Rojo, a la sazón boticario de Lima, una carta del 31 de mayo de 1766, en la cual dice el P. Visitador. (Bibl. Nac. Chile, Mss. Jes., tomo 231, f. 380): «En el punto de las boticas, no teniendo esa, ni la del Cuzco, ventana... a la calle, pudieran haberse eximido de la visita; pues, este papel que mi hermano me envió de Salamanca, habla de las que tienen tal ventana. Pero, si, para evitar pleito, la admitieron; está muy bien hecho.

Allá en el Tucumán, juzgo que no los han de molestar, porque no hay protomédicos...».

Se explica perfectamente que cuando el Protomedicato no existía en el Río de la Plata se empeñaron los Jesuitas

en satisfacer las necesidades de la población. Ya hemos indicado que las disposiciones canónicas y las resoluciones de la Orden exigían como condición para ejercer el arte médico o erigir boticas, gran necesidad y la falta de médicos y boticarios seculares. Tenemos pues, que probar que, a lo menos en América, existía tal penuria médica.

Están conformes sobre la falta grande de médicos y boticas en estos países, durante el tiempo colonial, tanto los documentos contemporáneos de los Archivos públicos y privados, como los Historiadores que tratan expresamente de aquella época.

Se comprende que el más favorecido en este sentido era el mismo Perú, aunque había también allí bastante atraso, Chile podía proveerse, en parte, desde Lima, de médicos y medicinas, y gozaba desde tiempos atrás de un hospital en forma. Pero el estado sanitario más lamentable reinaba en los países rioplatenses; en tal grado que las lejanas misiones entre los indios casi se hallaban en mejores condiciones sanitarias que las ciudades de españoles; tanto que los conocimientos médicos de los misioneros de infieles resultaron, a consecuencia del tráfico de los Jesuitas a través de las colonias españolas, también en provecho de ella (1).

De la escasez de médicos profesionales en aquellos tiempos nos ofrecen abundantes pruebas los tomos de *Acuerdos del Cabildo de Buenos Aires*. Allí encontramos (Tomo I., libro I., Buenos Aires 1907, pág. 11), en el «Cabildo del 24 de enero de 1605» con la primera mención de un cirujano: «A este tiempo entró... Manuel Alvarez, cirujano,

(1) Expresamente sobre el estado sanitario de Buenos Aires tratan: Vicente G. Quesada. *Fundación del Hospital en Buenos Aires*, en: *Revista Buenos Aires*, tomo II. — José Penna y Horacio Madero. *La administración sanitaria de Buenos Aires*, T. II. — Alberto Meyer Arana. *La Caridad en Buenos Aires*, T. I., Buenos Aires, 1911; Cap. II. El primer cirujano; el primer hospital, etc. Cap. III. El hospital y los Padres Bethlemitas. — Pedro Mallo. *Página de la historia de la medicina en el Río de la Plata desde sus orígenes hasta 1822*. Prefacio del Dr. Ernesto Quesada, T. I., de los *Anales de la Facultad de Ciencias Médicas*, 1897. — Sobre «La Medicina en Córdoba», trata el Dr. Félix Garzón Maceda, 1916-1927. — Sobre «La Medicina en Uruguay», el Dr. Schiaffino, Montevideo 1932.

y dió petición en la cual pidió se recibiese por cirujano, y se obligaría a curar españoles y naturales y que se le señalase estipendio y salario; y proveyóse que, obligándose a curar a los españoles y naturales en esta ciudad, de curar y sangrar a todos de las enfermedades que tuvieran, y acudiendo a todo como debe y es obligado, se le den cuatrocientos pesos en los frutos de la tierra a precio de reales, y además de esto, le paguen las medicinas y ungüentos, que pusiere».

Por la plaga de curanderos, se ordenó por el Cabildo en 1620 (T. 4, pág. 77), que presentasen título los que querían ejercer la cirugía; lo mismo se repitió en una sesión de 1644 (T. 9, pág. 24).

Apenas se presentaba un verdadero facultativo, echaba mano de él el Cabildo. En 1619 era médico en Buenos Aires Nicolás Xaques, de origen flamenco, que había estado en Córdoba, y gozaba de justa fama. (Levene, Hist., I. 381).

Según los Acuerdos (T. 9, pág. 235) se buscó en 1642 en la lejana ciudad de Córdoba al médico Andrés Gedeón «para que venga a esta ciudad a ejercer su oficio». Se trataría de uno de los frecuentes apuros de «peste». Pues, según Tomo 9, (290) en este tiempo «no hay médico, ni medicinas».

El mismo tomo de los Acuerdos (369-395) habla de otro médico (1643); Alonso Garro, el cual pide al Cabildo señale lo que le ha de dar cada vecino por la cura. Se le prohíbe, por el Cabildo, en sesión de 13 de mayo de 1651, ausentarse de Buenos Aires, porque era el único médico que había.

En 1670 (según tomo 13, pág. 257), vino de España Juan de la Peña como cirujano de una de las naves de registro. En el Cabildo se resolvió la conveniencia de que quedase en tierra.

Trae Alberto Meyer Arana en su obra: *La Caridad en Buenos Aires* (pág. 16, sgs.), las muchas diligencias de las autoridades civiles y eclesiásticas de Buenos Aires, para

conseguir un hospital en forma ya que el pequeño de los militares no servía para nada (pág. 23). Sólo en 1748 (página 33), se lo pudo entregar a la administración de los Padres Bethlemitas ⁽¹⁾.

Para salvaguardar la salud pública, el Virrey Vértiz, de Buenos Aires, fundó en el año 1780 el Protomedicato, que era un tribunal organizado para examinar a los que aspiraban a ejercer la medicina (Levene, 1, c., pág. 336).

Volviendo al tema de los boticarios hemos de anotar que en su mayoría fueron extranjeros. Nada extraño ya que fueran tantos los misioneros no españoles que trabajaron en las misiones del Río de la Plata y Paraguay, lo propio que en las de Chile, Ecuador y Méjico.

En la gran penuria acerca del personal sanitario en los Dominios Españoles de Ultramar, y en especial en las Provincias Jesuíticas de allí mismo, vino muy a buena hora en 1664 el permiso oficial de que una tercera parte de los misioneros podía reclutarse en países extranjeros, por de pronto en los gobernados por la Casa de Austria, reinante también en España. Así vemos que, en realidad, después de unos pocos aislados que vinieron de Alemania, desde fines del siglo XVII comienza una larga serie nunca más interrumpida de misioneros de lengua alemana, austríacos, húngaros, silesios, bohemios y sobre todo bávaros, a los cuales se juntaron otros de países en especial suizos, como

(1) Conócense con este nombre dos órdenes militares y una de hospitalarios o de los hospitalarios, fundada en las islas Canarias para asistir a los enfermos de los hospitales, en el hospital de Guatemala, por el venerable Pedro de Bethencourt, 1655. (Fueron aprobados por Clemente X., 1673).

Una nueva fundación fué hecha en Lima, la que fué luego seguida de otras muchas. La Orden llegó a formar dos provincias: la una con 22 casas (la del Perú), y la de la Nueva España con 11.

En 1688 el hermano Antonio de la Cruz fundó en Guatemala una comunidad de religiosas Bethlemitas para hospitales de mujeres.

Encomiado fué su celo en tiempos de la peste de 1736 en la América latina. Los religiosos no hacían más que votos simples, y vivían bajo la jurisdicción del respectivo obispo, hasta que el Papa Inocencio XI aprobó la orden en 1687, mandándole seguir la Regla de San Agustín, concediéndole los privilegios de dicha orden. Su hábito era semejante al de los capuchinos, menos el cinturón, que era de cuero; además se distinguían en que llevaban zapatos y una medalla al cuello que representaba el nacimiento de Jesucristo en Belén.

lo prueban las listas de misioneros, conservadas y copiadas por nosotros en los diferentes Archivos, públicos y privados. Entre estos extranjeros llama la atención el gran número de Hermanos boticarios. El primer boticario alemán que llegó a los países ríoplatenses, se halla en la lista de la expedición del Padre Procurador Ignacio de Frías, de 1697 (Bibl. Nac. de Chile, sec. MSS. Jes., t. 281, núm. 258 y sigs.). Dice el documento: El sujeto núm. 26 era «Hermano Enrique Peschke, físico, de Praga en Bohemia, de buen cuerpo, ojos zarcos, de 24 años.

Cita el P. Furlong (Los Jesuitas y la Cultura Ríoplatense, pág. 64) una carta del Padre Procurador Francisco Burgés al P. Manuel Olano, escrita desde Villagarcía el 19 de septiembre de 1709, que dice que en vano buscaba boticarios en España, pero esperaba resultado favorable a sus pretensiones en Alemania, por haber tomado a pechos el asunto el P. Asistente de Alemania.

Escribe el P. Antonio Huonder (en su obra: Deutsche Jesuiten-missionaren, pág. 78), que el mismo P. General Francisco Retz, en carta circular de 2 de febrero de 1732, encargó a las Provincias alemanas que admitiesen a la Orden hábiles arquitectos, artesanos y boticarios, a los cuales, después de la Primera Probación se pudiesen enviar a las Misiones (Arch. S. J. Romano).

Desde principios del siglo XVIII pasaron muchos Hermanos boticarios a las misiones de las Coronas española y portuguesa. Cita Hounder (l. c. 79).

Ya en las líneas pasadas pudimos anotar que, tratándose de los médicos y boticarios Jesuitas, se ve claramente que ellos eran hombres bien preparados para su oficio, y generalmente reconocidos como tales por sus contemporáneos, como lo han sido también por nuestros historiadores modernos.

Precisamente sobre los médicos y boticarios ríoplatenses escribe el P. Furlong: (Los Jesuitas y la Cultura ríoplatense; págs. 64 y sigs.) trayendo testimonios de autori-

dades médicas modernas: «Por encima de todos estos Hermanos (boticarios), hemos de colocar al célebre Hermano Pedro Montenegro que tanta huella ha dejado en nuestra historia colonial. Nacido en Galicia en 1663 vino a América en 1693 después de haber ejercido su profesión en el hospital general de Madrid. De este médico tenemos un testimonio de la mayor valía: Sánchez Labrador (Paraguay Natural, MS. Arch. S. J. Roman., t. I, p. 526), escribe que para «formar idea del temperamento del Paraguay es suficiente lo hasta aquí escrito; quien desee informarse más por entero podrá satisfacer su curiosidad leyendo varios opúsculos manuscritos que andan en manos de todos. Sus autores han sido misioneros Jesuitas muy inteligentes en medicina, especialmente Hermanos coadjutores que la estudiaron y practicaron antes de tomar el estado religioso. Entre todos sobresale el Hermano Pedro Montenegro, cuyo estudio fué continuo en la Botánica, Farmacéutica, Medicina y Cirujía para bien de las gentes del Paraguay, y singularmente de los indios. En el idioma guaraní compuso algunos libros, y otros en español». Los señores Trelles, Groussac y Arata y los doctores Cantón y Schiaffino han estudiado y ponderado los méritos de esta «Materia médica» del H. Montenegro y no es necesario insistir aquí sobre sus méritos. El doctor Schiaffino escribe acerca de este célebre Hermano que «su preparación médica en el hospital general de Madrid, su actuación de medio siglo en las misiones, ejerciendo la profesión, sus condiciones de estudioso y observador y la obra cuyas copias después sirvieron de estudio para enfermeros y misioneros, hicieron de su figura la más importante, desde el punto de vista médico, no sólo en las misiones Jesuíticas, sino en todas las poblaciones españolas de Córdoba y Tucumán, Buenos Aires y Montevideo, en las que durante muchos años, entregado como estaba el ejercicio de la medicina en manos de aficionados o curanderos, las enseñanzas de Montenegro y sus yerbas

medicinales, fueron, puede decirse, el recurso obligado de entendidos y profanos (1).

Dos son además las grandes figuras médicas que en la segunda mitad del siglo XVIII tuvo la Compañía de Jesús en el Río de la Plata. Nos referimos a los *Padres Segismundo Aperger y Tomás Falkner*. «De ambos se puede decir que sus nombres venerables han pasado a la posteridad envueltos en una aureola de ciencia y de santidad; sacerdotes ejemplares y misioneros celosos consagraron sus energías todas a la dura labor de cristianizar a nuestros indígenas; médicos peritísimos en la ciencia curativa dedicáronse con afán y éxito nunca rivalizado en las regiones del Río de la Plata, al alivio de sus semejantes. Los contemporáneos los consideraron como enviados del cielo, pues tantas y tan insignes fueron las curaciones, de toda índole, que llegaron a obrar» (2).

El P. Segismundo Aperger (o Asperger) nació en Innsbruck, Austria, en 1687; ingresó en la Compañía en 1703; vino a la provincia del Paraguay en 1717, y murió en Apóstoles, el 23 de Noviembre del 1772, (Bibl. N. Chile, MSS Jes., tomo 269, f. 21). Dice de él el Doctor Garzón Maceda (Médic. en Córd. 1916; pág. 61): «Muy importante, muy larga, muy fecunda, espiritual y científicamente, fué la vida del P. Asperger; mucho y muchos han escrito sobre él. Su acción médica y apostólica en Córdoba, ha sido acreditada

(1) El señor Trelles publicó en la Revista Patriótica del Pasado Argentino (Bs. Aires 1888, Tomos I y II), la intitulada «Materia Médica Misionera» que el H. Montenegro había compuesto e ilustrado con 148 figuras, copias de yerbas, plantas y arbustos por él estudiados.

(2) Que estas palabras no son meras exageraciones, lo prueba la rica correspondencia contemporánea que se conserva original en los Archivos, especialmente en el Archivo Nacional de Buenos Aires, en el de Tribunales de Córdoba y en el Archivo Nacional de Munich. Encontramos allí algunas de estas cartas originales, especialmente las muchas veces citadas por otros de los Padres Misioneros paraguayos Antonio Betschon y Francisco Magg, y las hemos fotografiado y traducido, para una publicación especial que pretende el Instituto de Investigaciones Históricas de Buenos Aires.

En general, se debe advertir que la digna apreciación de estos dos insignes médicos exige monografías especiales, como las del P. Furlong sobre Falkner y Aperger y como las han verificado, en menor escala, los doctores Félix Garzón Maceda en su Historia de la Medicina en Córdoba, y el doctor Arata en la «Biblioteca», T. VII, p. 444.

por nuestros historiadores. Bastaría para dar fundamento a una perdurable gratitud pública»...

De una carta del P. Betschon transcribe el Doctor Arata (en «Biblioteca», 1898 Tomo VII, «Botánica Médica Americana») el siguiente párrafo que toma de Muratori (1):

En 1719 una epidemia de viruela acabó con 17.000 indios; el P. Asperger, parte con medicinas traídas de Europa y parte con yerbas medicinales del país, cuyas virtudes y propiedades conocía muy bien, libertó de la muerte en Córdoba de Tucumán a gran número de personas; de modo que el obispo y la ciudad entera no se cansaban de exaltarlo y honrarlo, y no querían dejarlo salir».

El erudito y respetable historiador Monseñor Pablo Cabrera, en su interesante folleto titulado «Dos páginas de Arte Colonial»... (citando otra carta, escrita por el Hermano José Klaussner) nos hace saber también que a fines de 1718 azotaba al vecindario la peste de las viruelas que se cebaba furiosa e implable, especialmente entre los indios y negros de servicio, y que, «sus estragos hubieran sido mayores si los Padres alemanes no hubieran proveído al mal con sus recetas oportunas y eficaces, principalmente el P. Asperger»... (Cabrera, Tesoros del Pasado, Córdoba, 1914).

Cita Furlong (l. c., pág. 65) al contemporáneo P. Juan Escandón, célebre misionero del Paraguay, el cual, en carta al historiador francés Franc. Charlevoix, dice sobre Asperger (28 Marzo 1756. Arch. Loyola, 2/2/30) que era insigne médico y botanista; pero el testimonio más valioso es de Félix Azara, enemigo declarado de los Jesuitas por una parte, y que por otra pudo conocer y tratar a quienes habían sido beneficiados por Asperger. Afirma Azara que Asperger «se dedicó especialmente a la medicina y botánica, en cuyas facultades pasó en estos países por sapientísimo y sus recetas y sentencias tienen aun hoy (1790) más crédito que las de Hipócrates y Dioscóridas» (Geografía física de Azara, edición Schuller, p. 127).

(1) Muratori, *El Cristianesimo felice nelle Missioni del Paraguay*, Venecia, 1752, pág. 99.

El Padre Hernández (*Organización Social de los Guaraníes*, t. 2., pág. 32) dice que Segismundo Asperger y el Hermano Montenegro, eran considerados por Bompland «como dos guías útiles para el estudio de las plantas medicinales de estos países».

El Doctor Arata en su artículo sobre «Botánica Médica Americana» comenta diversos *tratados inéditos* sobre *Herbarios de Misiones*, y declara que existe en su poder, desde 1872, una copia del manuscrito original del P. Asperger, en el cual se describen 63 especies de plantas medicinales, y se pronuncia sin reticencias sobre sus méritos.

Monseñor Pablo Cabrera en su obra «Cultura y Beneficencia», escribe muy fundadamente: «Pienso que la tesis que desconoce en los hombres de la Colonia toda iniciativa individual en beneficio público, traducida ora, en la creación de escuelas, hospitales, bibliotecas, etc., ora, en el establecimiento de sociedades humanitarias o «altruístas...»

Son efecto, a la vez que, una información incompleta sobre la materia, del prejuicio latente aún en el ánimo de varios de nuestros publicistas... en contra de la acción civilizadora del catolicismo en aquella época».

De semejante modo reflexiona Alberto Meyer Arana, al comienzo de su obra: «La Caridad en Buenos Aires», diciendo: «Hacer bien, hacer caridad. Los pequeños no alcanzan este hemoso privilegio de las almas superiores y pugnan por desentrañar egoísmos detrás de cada una de sus manifestaciones».

Lo que se dice aquí en general sobre «los frutos en que se conocerá» la religión de Jesucristo, vale también tocante a las apreciaciones que se hacen de la actividad de los antiguos Jesuitas en los dominios españoles de Ultramar, y en especial de la famosa Provincia del Paraguay y sus célebres Misiones, y más en particular sobre su actividad médica.

Los autores, hasta los desafectos a la Compañía de Jesús, no pueden menos, como hemos visto, que admirar la preparación teórica y la actividad práctica de los antiguos Jesuitas en esta materia; pero, dudamos si aciertan el verdadero secreto del éxito de ellos tanto en general como en este ramo.

Es corriente atribuirles motivos egoístas, de ambiciones y de avaricia, y ya nuestras modestas exposiciones muestran hasta la evidencia que no hubo tal ni hay pruebas históricas para poder atreverse a pronunciar semejante severo veredicto. En estas tierras remotas y extremadamente pobres no hubieran podido realizar un intento tan indigno de un religioso. Muchos de ellos, si hubieran tenido semejantes aspiraciones mundanas, mejor habrían podido realizarlas no viniendo a este destierro. Al leer sus correspondencias particulares, donde se manifiesta el corazón, encontramos sus verdaderos intentos y el secreto de su éxito.

Su lema era la Mayor Gloria de Dios, y la salvación de las almas, y su ideal era la imitación de Cristo. Por tales motivos, como prueban continuamente sus cartas, han dejado su patria y se han ofrecido a un total sacrificio del egoísmo, alcanzando en realidad no pocas veces el grado de una virtud heroica. Basta leer las *Cartas Anuas*, las relaciones circunstanciales de los Superiores, enviadas a los superiores más altos para encontrar casi en cada página la prueba de lo dicho.

Ya el primer Padre Provincial de la Provincia Jesuítica del Paraguay y de Chile, el conocido Padre Diego de Torres, escribía al Padre General Claudio Aquaviva, en Febrero de 1613 sobre la recién fundada reducción de San Ignacio de Guazú del río Paraná (l. c., p. 215) y le decía:

«Acudió a estos indios de nuestra reducción en un tiempo de mucha necesidad el Padre Roque González. Les dió una peste de viruelas que les apretó mucho...»

De Chile escribe con la misma fecha (l. c. 215):

«En esta misión (de Arauco) estuvieron, hasta que yo vine a este colegio (de Santiago de Chile) el año pasado, los Padres Martín Aranda y Francisco Gómez. Enviéles a llamar para informarme del estado de aquellas misiones... principalmente del grande trabajo que tomaron los Padres en una enfermedad general de viruelas que dió a los indios, la cual vino juntamente con hambre, y por esto, y para que no se les pegase de unos a otros la peste, que era extraordinariamente contagiosa, dejaban las poblaciones y se iban a las quebradas, a donde era necesario irles a buscar, llevándoles no sólo mantenimiento para su alma, sino también para el cuerpo... hasta hisopillos con que refrescarles las bocas...»

Se ve en estas citadas relaciones que, por las frecuentes epidemias en el tiempo colonial, había bastantes ocasiones para ejercer la caridad cristiana, y no pocos de estos misioneros dieron su vida en el servicio de los apestados. Murieron en Córdoba, de este modo, en la gran peste de 1635 tres Padres y un Hermano; falleció también algo más tarde, por la misma razón, el célebre Hermano boticario Blas Gutiérrez, como refieren las Anuas del conocido P. Diego de Boroa de 1635 a 1637. Sólo leyendo semejantes casos de heroísmo, muy frecuentes durante toda la Historia de los antiguos Jesuitas del Paraguay, uno puede penetrar en el secreto de su éxito. Realizaron en sí la parábola evangélica del Buen Samaritano. (Luc. 10).



C A R L O S L E O N H A R D T